

## UN RAMITO DE FLORES

---

**C**URADO, lo que se llama completamente curado; ni señal queda de ello; mira á ver si logras encontrar la huella más insignificante.

Así me hablaba á últimos de Febrero del año anterior, después de unos quince días que habían pasado sin que nos viéramos, un oficial muy joven, que solía encontrar en casa de una señora amiga nuestra, y así diciendo me mostraba la mano para que la examinara. La miré en efecto, y realmente no observé en ella cosa alguna.

—¿Y el otro?— le pregunté.

—Está mejor,— contestóme.

—¿Quién, quién es que está mejor? ¿Quién es el enfermo?— preguntó la dueña de la casa tomando parte en la conversación.

Mi amigo y yo cambiamos una sonrisa.

—¿Debo decirlo?— me preguntó.

Y le contesté que si de mí se hubiese tratado lo habría dicho.

—Escuche, pues,— comenzó mi amigo dirigiéndose á la señora.— Al caer de la tarde del domingo de carnaval, solo, malhumorado, estrujado por la muchedumbre y cubierto de harina de los pies á la cabeza, estaba contemplando el desfile

de los coches enfrente de un café, maldiciendo para mis adentros el instante en que se me había ocurrido salir de casa para meterme en aquel revuelto mar. De cuando en cuando pasaba un soldado de caballería con el sable desenvainado, indicando á la gente que se hiciera atrás, á fin de que la calle permaneciera libre, acompañando la acción con palabras y súplicas corteses. Delante de mí permanecían cuatro ó cinco rapazueros que en cuanto había pasado el jinete se echaban en mitad de la calle y metiéndose entre los coches se disputaban á puñada limpia y andando á zarpa la greña los cucuruchos de dulces y los ramos de flores que caían á la calle, con no poco riesgo de que les pisotearan los caballos ó les machacaran las ruedas de los carruajes, y con no poco pesar de los cocheros que para adelantar al paso debían desgañitarse á puros gritos y amenazas. Uno de los soldados que recorrían la calle, después de haberles reprendido cinco ó seis veces, sin que le hicieran el menor caso, visto que nada conseguía con palabras y advertencias, acabó por perder la paciencia y metiendo espuelas al caballo, se echó en dirección á los muchachos amagando un golpe de plano, que de seguro no estaba en su ánimo descargar. Un caballero que se encontraba cerca de mí, al ver la acción, exclamó: — ¡Eh! — y en cuanto vió que el soldado se ponía de nuevo el sable al brazo, añadió: — Pues no faltaba más. — Y después, dirigiéndose á uno de sus vecinos: — Ya se ve: fruto de la educación; prepotencia y brutalidad.

Sentí que la sangre se me subía á la cabeza: levanté una mano, pero logré dominarme, y metiéndola en la faltriquera, con toda la calma que pude, y con toda la cortesía que supe, pregunté al caballero aludido: — ¿De qué educación? — Volvióse á mirarme sorprendido al parecer, palideció, pero serenándose inmediatamente, contestóme con insolente altanería: — De la educación militar. — Yo ni le ví á él, ni las gentes, ni la rua, ni recuerdo lo que dije, ni lo

que él me contestó: sólo sé que al otro día volví á casa llevando un rasguño en la mano, y que mis amigos me dijeron que aquel caballero tenía la mejilla izquierda desgarrada y partida en dos. No hubo más. Y ahora le estaba diciendo á mi amigo que del rasguño no me queda en la mano la huella más insignificante, y que el caballero en cuestión está mucho mejor de su herida.

La señora, que hasta entonces había escuchado con gran atención, sin hacer más que levantar de cuando en cuando los ojos al cielo, diciendo: — ¡Jesús, Jesús! — manifestó con palabras de satisfacción la que sentía porque el duelo no hubiese tenido ulteriores y más terribles consecuencias, después de lo cual se descolgó de pronto con una de esas preguntas propias de una mujer.

— ¿Pero usted por qué le provocó? ¿No era mucho mejor fingir que nada había oído?

Miróme mi amigo; miréle yo á él y nos echamos á reir.

— ¿Por qué se ríen ustedes?

— Escuche usted, señora. Suponiendo, lo que es mucho suponer, que hubiese fingido no haber oído una sola palabra, ¿cómo habría podido evitar lo que sucedió, si la ira me encendió la sangre y me ofuscó la razón? ¿Sabía, tenía conciencia de lo que estaba haciendo en aquel momento?

La señora no quería convencerse.

— Las personas que nos rodeaban, — continuó el oficial, — oyeron perfectamente: la ofensa alcanzaba al ejército entero: aquellas palabras constituían un vil ultraje, una mentira, y en aquella ocasión la mentira era además una infame calumnia, y el tono de voz con que la calumnia fué lanzada revestía todo el carácter de verdadera provocación, sin contar con que el tal caballero, según supe después y no podía ser de otro modo, puesto que hay palabras que bastan por sí solas para revelar quién sea el que las profiere, aquel tal caballero no era más que un...

— Bueno, bueno: no es menester que yo lo sepa.

— Y todavía existía una razón más poderosa para que tales palabras me ofendieran á mí más que á otro alguno. Y esta razón, permítame usted que la manifieste. Sírvase usted escucharme. Hace catorce años...

— ¿Nada menos?

— Nada menos. Siete contaba yo entonces. Hallábame en Turín con mi familia. El penúltimo día de carnaval mi madre me disfrazó con un elegante traje de máscara, de seda á rayas azules y blancas, con una faja color de rosa, una peluquita rubia, que según decían me sentaba muy bien, y una gorrita de terciopelo verde, y así ataviado, me llevó en coche al *Corso*. Los dos asientos restantes los ocupaban mi padre y un su amigo, teniente coronel de artillería. Llevábamos á prevención numerosos ramos de flores y un lindo cesto lleno de cucuruchos de dulces. Las calles estaban completamente llenas de gentes, entre las cuales circulaban numerosos carruajes y elegantes máscaras, chillando, alborotando, moviéndose en todas direcciones, en suma, un cuadro alegre y por demás animado: el *Corso* estaba encantador. Con todo, mi madre, dejándose llevar de su carácter, ni participaba de la alegría de la fiesta, ni apenas tomaba parte en la conversación. De vez en cuando, al pasar un coche en que iba alguna familia conocida, poníame un ramo en la mano y me lo hacía lanzar á los que iban al carruaje, sujetándome por la rosada faja á fin de que no me cayera en el acto de arrojar el ramo. Mis amiguitos correspondían por su parte tirándome también ramos y dulces y me saludaban gritando y alabando mi elegante disfraz y yo hacía lo propio celebrando la elegancia de los suyos. En suma, que nos divertíamos soberanamente. Sí, nos divertíamos mucho más que ahora, y sea dicho esto entre paréntesis, porque en aquel tiempo una bella mascarita, echada muellemente en una carretela, y un lindo borceguí aprisionando un pie diminuto, asomando astutamente

por una de las portezuelas, ó una blusa de deshollinador cayendo por la opuesta, no lograban llamar nuestra atención, ni atraer nuestras miradas, ni excitar nuestros deseos.

— Esto no viene al caso. Siga usted.

— Decía, pues, que nos divertíamos. Llegó, sin embargo, un momento en que, cansado de alborotar y de agitarme, sentéme para cobrar nuevo aliento. En la desembocadura de la calle del Po, en la plaza Castello, había una hilera de soldados de caballería y de carabineros, que permanecían graves é inmóviles como si en lugar de una fiesta hubiesen asistido á un funeral. Miraban ora á los coches, ora á la gente sin pronunciar una palabra, sin cambiar una sonrisa, sin dar muestra ninguna de curiosidad, ni de alegría, ni de pesar, ni de fastidio: parecían autómatas. La multitud les oprimía por todos lados empujándose, amontonándose y produciendo una gritería infernal. Desde las ventanas y balcones de las casas, que estaban colmados de gentes disfrazadas y sin disfrazar, caía á la calle una verdadera lluvia de ramos y de huevos de harina, que era contestada y correspondida por los que desde los coches tiraban á las ventanas y los que desde la calle tiraban á los coches: una batalla encarnizada, con verdaderas nubes de harina que velaban completamente el espacio, hasta el punto de no distinguirse cosa alguna, y para colmo de fiesta y regocijo los acordes de la música, que tocaba algo más lejos, con la cual se mezclaban los roncós y estridentes sonos de tambores y trompetas que desgarraban el oído.

— ¡Pobre gente! — dijo mi madre al militar, indicándole los soldados. — Ellos no faltan nunca: siempre se les encuentra en todas partes. No basta con que nos defiendan de los enemigos, y extingan los incendios, y apacigüen los tumultos, y protejan nuestras vidas y haciendas, es menester también que concurran á nuestras fiestas y mantengan el orden, y procuren que no se vean interrumpidas nuestras diversiones, ellos para los cuales no hay fiesta ni diversión, y tanto sufren

y tantos sacrificios llevan á cabo, sin obtener ningún provecho ni la menor recompensa. ¡Qué digo recompensa! sin un consuelo, sin una palabra de reconocimiento, sin una demostración de gratitud. La gente ni siquiera les mira. Nosotros lo somos todo para ellos, y ellos para nosotros nada absolutamente.

El militar, serio y grave como un magistrado, sin dignarse siquiera mirar á los soldados, contestó gravemente:

— Es verdad.

— ¡Vaya si lo es! — añadió vivamente mi madre. — Mire usted, mire usted á aquel soldado, el primero de la fila, mire usted qué semblante tiene tan triste y melancólico. ¿Estará malo? ¿Tendrá algún pesar?

— Difícil es saberlo, — contestó el militar sonriendo ligeramente.

— ¡Puede que no se sienta bien! — repitió mi madre, y continuó mirándole preocupada.

Así es aquella santa mujer, que aún en medio de la bulla y alboroto de una fiesta popular, la cosa más pequeña é insignificante basta para apartar su mente de cuanto la rodea, y de un pensamiento á otro la conduce á la más profunda melancolía. La carretela prosiguió su camino, y mi madre continuó hablando de aquel soldado: después quedó un rato meditabunda, y al fin dijo:

— ¿Y si se hallara enfermo alguno de su familia, porque también esto podría suceder? ¿No les permiten que vayan á sus casas, cuando se pone enfermo alguno de su familia?

— Difícil es por lo menos.

— Pues apostaré algo bueno, que de esto procede su tristeza. Y entretanto se ve obligado á permanecer aquí, quieto, en medio de la gente que grita, alborota y se divierte... ¡Vamos, no puedo quitármelo de la cabeza!

El militar sonrió.

— ¿Qué quiere usted? Así me ha hecho Dios.

Dada la vuelta, nuestra carretela iba á pasar de nuevo por delante de los soldados. Mi madre, aprovechando un instante en que estaban hablando mi padre y el militar, puso en mi mano un ramito de flores, indicóme con un gesto rapidísimo á su soldado, y me dijo al oído: — Tíraselo. — Púseme en pie, y cogido como de costumbre por la faja, dispúseme para arrojar el ramo. — ¿Á aquél, has dicho? — pregunté. — Sí, sí, pero pronto. — Faltaban seis ú ocho pasos: la carretela se detuvo un momento, volvió á andar, y al hallarnos delante... — ¡Ánimo! — me dijo mi madre. — ¡Ahí va! — exclamé yo entusiasmado. El ramito había descrito una elegante curva, yendo á caer precisamente sobre el pecho del soldado entre el broche del cinturón y la mano que sostenía las riendas. Aquél se sacudió cual si despertara de un sueño, cogió el ramo casi sin darse cuenta de ello, levantó los ojos como sorprendido, miróme, saludéle con ambas manos, sonrió, y siguió con la mirada fija en mí, hasta que desapareció la carretela. Mi corazón latía con gran fuerza, mi madre se serenó; ni mi padre ni su compañero habían advertido cosa alguna. Antes de dar otra vuelta completa salimos del *Corso* y nos fuimos á casa.

Diez ó doce días después volví á ver al soldado en el jardín público. Estaba con varios de sus compañeros y parecía muy alegre, pues hablaba en alta voz y reía. — Mira el soldado del ramo, — le dije á mi madre, tirándole del vestido. — Bien, sí, no le mires, — me contestó. — No supe explicarme el por qué de la advertencia; pero á pesar de ella le miré. Miróme él: me reconoció, é hizo un ademán de profunda sorpresa, exclamando: — ¡Oh! — Mi madre me cogió del brazo y seguimos adelante. Después no le volví á ver en todo el resto del año.

En el siguiente, en una de las últimas noches del carnaval, de vuelta del teatro á cuya función había asistido con mi familia, antes de acostarme me acerqué á la ventana, y

puesto detrás de los cristales estuve mirando á la calle durante un rato. La calle estaba oscura y caía uno que otro copo de nieve. De cuando en cuando, de la casa de enfrente, en la cual había un café y un restaurant, salían grupos de máscaras, que se separaban y desaparecían, ó aparecían nuevos grupos que al juntarse y al reconocerse promovían grandísima algazara y prorrumpían en una gritería infernal saludándose é invitándose con voz de falsete. En aquella sazón apareció una patrulla de caballería. Las máscaras cogidas de las manos la circuyeron bailando y saltando: los soldados envueltos en sus recios capotes continuaron su camino como si tal cosa; pero uno de ellos, al pasar por delante de mi casa, volvió el rostro, y me pareció que miraba hacia la ventana en que yo me hallaba. — ¿Quién podrá ser? — dije entre mí, y abrí los cristales. El soldado sacó una de sus manos de entre el capote, saludóme y pasó. Á la mañana siguiente supe por la portera que hacía algunos días un soldado de caballería había penetrado en la entrada de nuestra casa, mirado la escalera como indeciso respecto de si debía ó no subir y que luego se había marchado. Al cabo de algunos meses oí decir que había salido de Turín uno de los regimientos de caballería, y ni volví á ver á mi soldado ni me acordé ya más de él.

Pasaron algunos años: llegó el cincuenta y nueve: enamoréme del ejército y comuniqué á mi padre mi propósito de abrazar la carrera militar. Mi padre no estaba decidido. — Termina tus estudios, — me dijo, — y luego veremos. — Concluílos en el mes de Agosto del propio año, y desde aquel instante no se pasó un solo día sin que hablara á mi padre del asunto; pero es el caso que cuanto más tiempo transcurría menos dispuesto estaba á satisfacer mis deseos. Un acontecimiento inesperado, vino, sin embargo, á cortar el nudo de la cuestión.

Hallábamonos en los primeros días del mes de Enero del mil ochocientos sesenta. Estaba yo cierta mañana escribiendo

en la mesa de mi gabinete, cuando llamaron á la puerta y se me presentó un criado anunciándome que preguntaban por mí. — ¿Quién puede ser? — me preguntó mi madre. Levánteme, siguióme ella, y nos dirigimos al recibidor. Junto á la puerta se hallaba un hombre vestido de obrero, envuelto en una gran capa, cubierta la cabeza con un sombrero de fieltro, pálido, flaco, con semblante triste y abatido. — Ni siquiera se ha quitado el sombrero, — murmuró en voz baja el criado cuando llegamos al recibidor. El desconocido me miró sonriendo y me dijo:

— ¿Es usted?... — y pronunció mi nombre y apellido.

— En efecto, — contesté.

— Soy un joven desgraciado que me hallo sin ocupación, he sido soldado, si pudiese usted favorecerme de alguna manera...

Mi madre y yo nos consultamos con una mirada.

— ...Socorrerme con cualquier cosa, — continuó el hombre con voz suplicante.

Saqué de mala gana un par de pesetas y alargándoselas, le dije:

— Tome usted.

— ¿Quisiera usted hacerme el favor de metérmelas en el bolsillo?

— ¡En el bolsillo! — exclamé entre ofendido y suspenso.

La verdad es que su semblante producía en mi espíritu un efecto extraño. Miréle durante unos momentos y luego puse el dinero en un bolsillo de su capote.

— ¡Gracias! — me dijo con voz conmovida. — Y ahora... antes de volver á mi pueblo, quisiera merecer de usted... que se dignara aceptar un pequeño recuerdo.

Mi madre y yo le volvimos á mirar maravillados.

— ¿Quiere usted aceptarlo, señor? — preguntó tímidamente con cariñoso acento.

— ...Veámoslo, — contesté.

— Ahí está, — dijo.

Y apartando la capa con los codos descubrióse y me indicó con la mirada un ramito de flores que llevaba en la botonadura del chaleco.

— ¡El soldado del *Corso!* — gritó mi madre.

— ¡Él! — exclamé yo con ímpetu y me lancé á abrazarlo. Cayósele el capote con el movimiento, y mi madre lanzó un grito de terror.

— ¿Qué es? — pregunté volviéndome.

Y pude ver que á aquel pobre joven le faltaban las dos manos.

Las había perdido en San Martino.

Nô sé realmente cómo ni por qué; mas puedo asegurar, en cambio, que desde aquel día mi deseo de ser militar se trocó en resolución irrevocable. Vestir el uniforme me pareció algo así como un homenaje á la desventura de aquel desgraciado joven. Y fuí soldado, y ahí tiene usted explicado por qué cada vez que veo en el *Corso* un soldado de caballería, siento que me late el corazón como en presencia de un antiguo amigo, y quisiera ser un niño para echarle un ramito de flores.

— ¿Y aquel soldado? — preguntó la señora con vivo interés.

— Murió.

— ¿Dónde?

— En mi casa, entre mis brazos, en presencia de mi buena madre, con un ramito de flores encima de la almohada.

## CARMELA

### I

EL suceso que voy á referir acaeció en una islilla que dista unas setenta millas de Sicilia. En la isla no hay más que una población de unos dos mil habitantes, y en ella, en el tiempo en que tuvo lugar el suceso de que se trata, existían de tres á cuatrocientas personas que cumplían la pena de extrañamiento temporal á que habían sido condenadas. Con tal motivo estaba afecto á la población referida un destacamento de unos cuarenta soldados mandados por un subalterno, que se cambiaba cada tres meses. La vida que llevaban los soldados lejos de penosa era por demás agradable, cosa que se comprende fácilmente teniendo en cuenta que el servicio se reducía á la guardia del cuartel y de la cárcel, algún paseo por el interior de la isla, y su poco de ejercicio de cuando en cuando. En cambio el vino era exquisito, y sólo costaba algunos céntimos la botella.

Nada digo del oficial, que gozaba libertad omnímada, y podía darse el gustazo de decir á boca llena: — Soy el comandante general de todas las fuerzas militares de la isla. — Tenía